AÑO III — BUENOS AIRES, 7 DE JULIO DE 1924 — No. 129

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

COLABORACIONISMO INTERNACIONAL

Los socialistas europeos, divididos durante la guerra en dos grupos hostiles — que respondían precisamente a la división de las grandes naciones que formaban la Entente y la Alianza —, acabaron por reconciliarse en el momento de la paz... Pero la reconciliación tiene un valor circunstancial, es un mero acuerdo establecido en los tratados, responde a la política "pacifista" impuesta en Versalles por los gobiernos vencedores a los pueblos vencidos.

En el plano internacional, el socialismo no persigue un propósito claramente definido. Proclaman los jefes de los partidos nacionales la necesidad de llegar a un acuerdo con Alemania, de establecer la paz sobre bases sólidas y de revisar parcialmente el tratado de Versalles. Pero cuando plantean en sus congresos el difícil problema de las reparaciones y de la reconstrucción de Francia, los socialistas franceses, belgas, ingleses y otros de países "neutrales", sostienen la necesidad de que Alemania pague. Y ese criterio es, precisamente, el que defienden los gobernantes aliados: es el exponente de la política imperialista de los hombres de la Victoria.

Se explica que los dirigentes del socialismo confíen a la Liga de las Naciones la solución de los problemas políticos y económicos que dejo en pié la guerra. El socialismo fué el más poderoso puntal de la "sagrada alianza". En el momento de la ruptura, después de los sucesos de Sarajebo, los jefes reformistas planeaban un congreso internacional y repetían sus promesas de fraternidad universal. Pero al iniciarse la movilización de los ejércitos, los internacionalistas se transformaron en nacionalistas y bajo la careta del socialista apareció el patriota ¿Cuantos fueron los hombres que, fieles a su postulado, hicieron oír su voz de protesta contra el premeditado y alevoso crímen?

De aquella traición al socialismo y al internacionalismo nacieron las complicidades posteriores de los jefes socialistas con sus respectivos gobiernos. Por eso los dirigentes de la Internacional de Viena, política, y de la Sindical de Amsterdam, son a la vez componentes del apéndice obrerista de la Liga de las Naciones y colaboran con los gobiernos y con los patrones en ese plano internacional tan propicio a las maniobras imperialistas de los gobiernos que ganaron la guerra.

En realidad la social-democracia, comprometida a pacificar al mundo en beneficio del capitalismo, no puede eludir los compromisos contraídos en la "sagrada alianza". Pregoneros de la guerra, defensores de la lucha hasta el fin, bien merecen un puesto de consejeros en los gobiernos que viven y se sostienen proclamando la liquidación de Alemania. ¿Que otro fin persiguen los diplomáticos y hombres de Estado que confeccionaron el tratado de Versalles? En el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones se ofrece al socialismo una colaboración directa en el arreglo del mundo... Y los socialistas aceptan el encargo de conformar a los trabajadores con promesas y de desviar la opinión del proletariado en el laberinto de la política internacional.

Se realizó recientemente en Ginebra una conferencia del trabajo, convocada por el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones. Lo que menos estaba representado en esa reunión de sirvientes del capitalismo, era el trabajo organizado. Pero los socialistas se encargan de disfrazar con su obrerismo esa comedia burguesa-gubernamental. Son ellos, en sus respectivos países, los que ofrecen los "delegados obreros", que designan los gobiernos conjuntamente con representantes oficiales y miembros de la clase patronal. ¿Qué importa que el proletariado mire con desdén la representación de la farsa y esté ausente del concilio realizado en Ginebra? El problema es seguir la simulación, pues así los jefes reformistas hacen méritos y se aproximan cada vez más a la anhelada meta: el gobierno.

Los socialistas criollos saben demasiado que las organizaciones obreras de este país no se prestan a servir de comparsa en las comedias del obrerismo burgués y gubernamental. El proletariado de la Argentina no está ni siquiera próximo a Amsterdam. ¿Cómo podía, pues, aceptar el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones? Pero el socialismo debe representar su papel de lacayo, invistiendo con una representación colectiva que nadie les otorgó a individuos completamente ajenos a las luchas y a los anhelos de los trabajadores organizados para la lucha contra el capital y el Estado.

En Ginebra representaron al proletariado de la Argentina tres burócratas del gremio ferroviario. La Confraternidad, con personería jurídica, fué la institución elegida por el gobierno para integrar la delegación patronal y gubernamental. Y como en esa organización predomina el elemento amarillo y socialista, "La Vanguardia" recurre a toda su cultura burguesa para justificar esa representación que a nadie representa.

Para el órgano socialista el internacionalismo se actúa en el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones. De ahí que diga que la Oficina Internacional del Trabajo, organismo surgido de la guerra como un apéndice de la referida Liga, fué "exigida" por la clase obrera organizada. ¿Cómo y cuándo reclamaron los trabajadores la creación de esa oficina entregada a los burócratas socialistas? Ignoramos semejante acontecimiento, que de seguro se produjo de acuerdo con las viejas normas de la diplomacia secreta.

El mismo órgano reformista agrega, justificando la creación de esa "oficina del trabajo" y el denuedo con que en ella "trabajan" varios jefes socialistas, que "después de persistentes promesas de socialización de las grandes industrias, abandonadas el mismo día del armisticio, hubiera sido demasiado peligroso no asegurar alguna conquista a los más castigados por la tragedia". Y, como broche final a ese elogio del obrerismo versallés, dice que "la conferencia de Versalles al crear esta oficina y establecer su campo de acción, reconoció al mismo tiempo que el 'trabajo humano ni de hecho, ni de derecho, puede considerarse una mera mercancía", tal como lo pretendían los clásicos economistas burgueses". Pero... "fué, es cierto, también donde se rechazo la carta del trabajo, aprobada en los congresos socialistas y sindical reunidos en Berna en 1919, en la cual están inscriptas las reivindicaciones obreras de la post-guerra".

¿Para qué, pues, sirve esa "oficina del trabajo" anexa a la Liga de las Naciones? Para nada, excepto para mantener un buen número de socialistas asalariados por los gobiernos y para pagar anualmente viajes de recreo a otros representantes "obreros" que forman las delegaciones a las conferencias internacionales. De la importancia de esos conciliábulos preparados a espaldas de los trabajadores, "La Vanguardia" dice lo siguiente:

"Estas conferencias donde participan delegados gubernamentales, patronales y obreros, dada su composición, pueden limitar y obstaculizar la aprobación inmediata de las aspiraciones obreras más urgentes, si bien estos no son inconvenientes insalvables, pues no sólo podría modificarse el estatuto, como se ha hecho, sino también porque los delegados gubernamentales se seleccionarán cada vez mejor a medida que la capacidad de los trabajadores en cada país les asegure una influencia mayor en el gobierno. Tal es el caso de Inglaterra, cuyo delegado hasta ayer de los trabajadores, Margaret Bonfield, lo es hoy del gobierno laborista, defendiendo con toda decisión la jor-

Hacia América

Los nuevos conquistadores...

La "juventud" en la anarquía

Como todas las leyendas y supersticiones, la leyenda y la superstición de la juventud, creada y exaltada por la literatura romántica, se desvanece cuando se reflexiona sobre su contenido; la juventud es una transición de la vida caracterizada principalmente por la aptitud asimilativa y por ciertos impulsos naturales; por lo general en esa época de la vida se recogen impresiones, pero no se elaboran en el cerebro sino más tarde, cuando sobreviene la acumulación del tesoro de las experiencias; la juventud es un período de desenvolvimiento, la vida sensual exige más satisfacciones que la vida del pensamiento. Ciertamente, según ha comprobado el viejo Ostwald, el químico alemán, casi todos los grandes genios han comenzado a revelar sus capacidades y han concebido sus ideas fundamentales en una edad relativamente temprana; pero los genios son excepciones, no constituyen la regla: la juventud no trae nada en el cerebro ni en el corazón, no trae más que una capacidad receptiva de impresiones y de ideas; la juventud viene al mundo, a la vida real a cosechar, a recoger; trae las manos vacías; no viene como el sembrador a esparcir la buena semilla, sino a vendimiar los frutos maduros de la semilla o de la cizaña ajenas. Y no podría ser de otro modo, pues que las ideas innatas eran una invención teológica y metafísica; al nacer somos una *tabula rasa;* apenas existen en germen los órganos que han de producir los sentimientos y las ideas; es la vida la que desarrolla los órganos y es la vida la que enriquece el pensamiento después de crearlo por una ineludible necesidad biológica.

En el segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, se piensa tratar el punto de las asociaciones juveniles y el sindicato; en Alemania, en Francia, en Portugal, etc., existen organizaciones juveniles independientes de las organizaciones generales y posiblemente el mencionado congreso procure darles carta de ciudadanía y estimularlas con una resolución favorable en los países donde no existen. A nuestro juicio esa resolución sería un desacierto y un reconocimiento de la leyenda romántica del valor de la juventud.

Más bien que fomentar o estimular la organización específica de la juventud, se debería hacer todo lo posible porque entrara en contacto con los "viejos", no para dar a los "viejos" un nuevo impulso, para infundirles nueva sangre, sino para recibir de ellos las enseñanzas del pasado y el ejemplo de su labor presente. Eso del entusiasmo juvenil, eso de la fuerza de las pasiones, del altruismo y de la grandeza de la mocedad, son afirmaciones de las novelas románticas. Como en general nada ofrecen de nuevo a los hombres adultos, si no son más instruídos o más inteligentes que ellos, desde el punto de vista del pensamiento, tampoco les ofrecen nada desde el punto de vista sentimental; los jóvenes no aman, ni sienten, ni quieren más vigorosamente que los hombres que han pasado la edad de los años mozos.

En el movimiento anarquista estamos acostumbrados a ese menosprecio de los viejos por los jóvenes: es un menosprecio sistemático que parece tener hondas raíces, pues rara vez oímos una respuesta adecuada a ciertos pretendidos derechos de la juventud; y verdaderamente, como todas las ideas falsas, la de la superioridad juvenil merece ser puesta al desnudo; los jóvenes tienen derecho a estudiar, a aprender, a recojer los frutos de la siembra ajena, pero no deben atribuírse la cualidad de sembradores de semillas que no poseen, de distribuidores de riquezas que solo existen en su fantasía exaltada por la vanidad o por la ambición.

Hemos conocido algunos viejos de la anarquía, de esos que hace treinta o cuarenta años o más que militan en pro de nuestras ideas; cuanto más envejecen en años, más amor sienten y más firmes se muestran hacia las convicciones de su vida entera; al hablar con ellos hemos reflexionado en lo pálidos que son los fuegos fatuos de los sentimientos juveniles: ¿dónde encontraremos jóvenes que amen a los veinte años las ideas con el ardor de un Malatesta a los setenta? Y como Malatesta hay muchos viejos en años junto a los cuales quedan bien en la sombra los jóvenes en años, en experiencia y en conocimientos. Y no sólo en el terreno del amor a las ideas, sino en el del espíritu de sacrificio y en todos los terrenos, los "viejos" están muy por encima de los jóvenes; los amores y las pasiones de la juventud son flores efímeras; para que la planta persista es preciso nutrirla en el transcurso de los años, y entonces florecerá perennemente; a los veinte abriles se ama la anarquía como se puede amar una novia o un deporte, sin saber exactamente por qué; la naturaleza exige el ejercicio de los órganos de que el hombre está provisto; el verdadero amor a una causa no es más que el fruto del conocimiento de lo que esa causa significa; y el joven que recien comienza a entrar en la vida no puede disponer de ese conocimiento, pues ese conocimiento se conquista únicamente en el transcurso de los años.

Los jóvenes nos inspiran mucha simpatía cuando estudian y trabajan, pero cuando pretenden enseñar nos dan una inevitable sensación de pedantismo y de envanecimiento. ¡Y mirad a vuestro alrededor el espectáculo triste de muchachos que debieran aprovechar sus horas en fortificar su cerebro y su corazón, en recoger afanosamente los frutos del sembrado interior, para poder a su vez convertirse algún día en sembradores de una semilla tal vez más selecta que la esparcida por la generación precedente, vedlos ocuparse en la intriga, en la difamación de los viejos y en la propaganda de una piedra filosofal que habrá de operar milagros!

También nosotros miramos de soslayo a la juventud, como hace nuestro camarada Acha, al decir del periódico *Ideas* de La Plata, pero es cuando la juventud quiere dar lo que no tiene, cuando la juventud quiere convertirse en maestra antes de haber sido discípula.

No hay que asombrarse si en nuestro movimiento, a pesar de la leyenda de la juventud, cuando se trata de una labor de responsabilidad, se acuda más a los viejos que a los jóvenes; de los viejos sabemos lo que se puede esperar; en ellos se puede tener confianza en principio, y en principio hay que desconfiar de la juventud, y más aun de la juventud que quiere sentar cátedra antes de haber pasado por los bancos de la escuela.

Tomad cualquiera de esos jóvenes que sientan cátedra antes de haber estudiado ellos mismos, de esos jóvenes que se sienten sembradores de una nueva doctrina, de una panacea infalible; todos harían una revolución completa en cualquiera de nuestras actividades; todos se mostrarán asqueados de la labor de los demás y todos estarían dispuestos a engrosar las filas de cualquier fracción de descontentos y de opositores; pero en el fondo de esos catedráticos prematuros no existe más que el vacío y la ambición de ocupar puestos que por lo general solo son confiados a los viejos, a aquellos hombres que saben lo qué quieren y que han demostrado con el ejemplo que no retrocederán ante ninguna responsabilidad. Los bolchevistas han sido profundos psicólogos cuando crearon las organizaciones comunistas juveniles; si hubiesen dejado a los jóvenes en el partido habrían contado con una oposición constante e invencible; para satisfacer a los jóvenes y explotar su adhesión, inventaron las *juventudes comunistas*, que no tienen influencia alguna en la marcha de los acontecimientos del partido, pero sirven al partido como sirven los soldados del ejército rojo, y además tocan la música de sus panaceas en otra parte; la juventud comunista tiene su organización, pues; tiene sus puestos directivos, su prensa, etc., y por consiguiente un campo de acción para sus andanzas y sus fantasías; con eso deja tranquilos a los supremos directores del comunismo; las enfermedades de infancia nacen y se desarrollan y se curan fuera del partido propiamente dicho.

Personalmente, sin ser viejos, no nos consideramos ya del todo niños, y cuando lanzamos una mirada retrospectiva al pasado, tenemos que confesar que para dar un golpe en el clavo hemos dado más de diez en la herradura, y a todos los jóvenes les sucede lo mismo; lo malo es que en esos años no distinguimos cuándo damos en la herradura y cuándo en el clavo.

En una palabra, la juventud no constituye en la anarquía una excepción a una regla universal; los jóvenes no son maestros en la anarquía sin haber vivido y estudiado, como no son zapateros sin haber pasado por el necesario aprendizaje. También nuestras ideas revolucionarias requieren su aprendizaje y antes de querer modificarlas es preciso conocerlas.

Hablamos de conocer la anarquía, la anarquía sólo se conoce relativamente; pues no es un catecismo, sino una eterna e incesante renovación de la vida; todos los días aprendemos algo nuevo; todos los días descubrimos una nueva belleza en ese ideal sublime y prevemos que cuantos más años pasen sobre nuestro cuerpo más facetas de atracción nos presentará la anarquía; la "anarquía" de los 20 años no es tan hermosa ni tan rica en matices y en atractivos como la anarquía de los treinta, de los cuarenta, de las setenta años. Por eso nosotros, en nuestra eterna sed de saber, de conocer, nos acercamos a los viejos a fin de participar de los frutos del árbol de la experiencia; a los jóvenes no nos acercamos sino para que algún día... puedan dar también ellos a las generaciones del porvenir frutos más selectos y mejores que los heredados de las generaciones precedentes.

D. Abad de Santillán

---

nada de 8 horas en la última reunión del consejo administrativo de la Oficina, y que la VI conferencia ha tenido como colaborador al otro delegado Davies".

Como los laboristas gobiernan en Inglaterra, los delegados del gobierno coinciden con los representantes obreros... Pero el mismo caso, con diferentes resultados, se produjo en la delegación italiana. Los delegados del gobierno y de las corporaciones obreras fascistas, estaban en perfecto acuerdo respecto a los problemas que planteó la conferencia.

El día que gobiernen los socialistas criollos, ya veréis como mandan una delegación a Ginebra para que opine en su favor y sostenga su programa gubernamental. Y hasta los representantes de los patrones se pondrán de acuerdo con los delegados obreros para elogiar la política del gobierno socialista...

DESDE MEXICO

Después de catorce años de revolución

I

México ha llegado a crearse una posición bien visible en el mundo, después de un terrible batallar de catorce años; esa posición atrae la atención del mundo revolucionario.

La serie interminable de motines, cuartelazos y asonadas que, en conjunto, forman parte de la revolución, han llevado nombres y renombres, hechos y actos que en muchas ocasiones hicieron pensar en los medios libertarios en la *revolución social mexicana;* y aunque esta ilusoria "revolución social" ha sido bien pronto desvanecida, aún por sus propios propagadores, no por eso circulan opiniones que no dejan de llamarnos la atención, y más cuando ellas vienen del pensamiento anarquista.

No cabe duda que esta serie de insurrecciones han transformado, no ya la vida política y económica de México, sino la vida social. El país da un extraordinario albergue a las ideas libertarias; rápidamente han avanzado sin haber dado lugar a que, como en otras naciones, se forzara el sentimiento de los trabajadores bajo la éjida de la social democracia; a pesar de que existen fuertes tendencias bajo el mandato de los partidos de autoridad, también es cierto que estos partidos tienen que mantener su situación a costa de grandes concesiones revolucionarias; concesiones que con el tiempo llegan a convertirse en grandes centros conspirativos. Por eso los partidos políticos en México acarrean siempre una vida efímera.

En 1910 ningún partido era oído si no se llamaba liberal; en 1915 estos mismos partidos tuvieron que ampliar sus programas y llamarse social-demócratas; en 1920, a raíz del cuartelazo de Obregón, tuvieron que otorgar nuevas concesiones y adoptar la denominación de socialistas-agraristas; y en 1924, con motivo del motín provocado por De la Huerta, los partidos tienen que ser socialistas-revolucionarios, o dejan de existir. Aun los partidos de derecha se nombran socialistas, aunque tengan que recurrir al apelativo de moderados.

Nos parece que fué LA PROTESTA de Buenos Aires quien, comentando el ridículo motín delahuertista, decía que en México todos quieren aparecer socialistas. Tenía razón LA PROTESTA. Es un empeño de los políticos mexicanos figurar en las filas del socialismo; ¡cómo que de otra manera no tendrían la posibilidad de llegar al poder!

¿Quién es aquél que no habla del cariño paterna. hacia los oprimidos? ¿Quién no habla de la justicia del agrarismo — un asunto tan manoseado como el obrerismo? ¿Quién no habla de la escuela racionalista? ¡Hasta en la cámara de diputados un individuo se atreve a llamarse anarquista!

¡Esto es Jauja! se dice en algunos lugares del mundo. ¡México es el paraíso socialista! — se ha repetido en muchas partes. ¡Pero quiénes hablan! Hablan los Turner en Estados Unidos, los Palacios en la Argentina, los Domingo en España.

En este país se ha llevado a cabo la labor que han hecho los bolcheviquis en Rusia; no solamente se han enviado delegados a todo el mundo proclamando la "revolución social mexicana"; también se han importado al país cientos de políticos y periodistas, quienes apenas arriban son puestos bajo la protección de un guía; se les brindan los mejores hoteles, se les ofrecen trenes lujosos y especiales, y, de la mano, se les lleva a la mejor granja agrícola, donde se les hace ver que ha dejado de existir el latifundismo y el sistema de peonaje; se les lleva a la organización obrera que registra medio millón de agremiados, para probar la libertad gubernamental; se les lleva al mejor edificio escolar, donde los niños cantan desde "La cucaracha" (canción popular) hasta "La Internacional"; visitan al señor ministro que habla hasta por los codos del socialismo... y cuando abandonan el país se les extiende un cheque por varios miles de pesos, que por caballerosidad se les entrega en un sobre cerrado, que han de abrir cuando se encuentren a varios kilómetros de distancia del paraíso socialista...

Pero además de esos delegados, se mantienen en el extranjero varias agencias socialistas dirigidas por prominentes intelectuales: en España, por don Ramón del Valle Inclán; en Argentina, por don Julio R. Barcos; en Francia, por don Alejandro Sux; en Cuba, por don Ruy de Lugo Viña; en fin, en todo el mundo existen estos intelectuales que operan tras el mandato de la intelectualidad, y que reciben el óbolo del agradecido pueblo mexicano, en sobre cerrado y cuando se encuentran a varios kilómetros distantes del país...

¡Esto es Jauja! ¡Este es el paraíso socialista! — dicen y vuelven a decir. Y sin embargo, los trabajadores son ametrallados por el Estado; los campesinos son perseguidos cuando no se amoldan al agrarismo; los anarquistas son constantemente vigilados: ¡es que son contrarrevolucionarios! Esta es la cantilena desde 1915 y aumenta día a día. *La revolución, soy yo* — ha dicho un político que se encuentra en los peldaños del poder —, y todo aquel que no esté conmigo es un contrarrevolucionario.

Y este político, el señor general Calles, llevará sin duda sus palabras a la práctica. Hemos estado bajo una dictadura más o menos benigna, encubierta con alardes de libertad; pero esta situación ha cambiado rápidamente con motivo de la payasada delahuertista; es decir, el movimiento de De la Huerta, ha constituído un magnífico pretexto para hablar claramente sobre los planes de un futuro muy próximo.

Los últimos acontecimientos registrados en Puebla, Veracruz y San Luis Potosí, nos demuestran que caminamos muy a prisa hacia una formidable dictadura agraria.

Infinidad de camaradas han confundido lastimosamente el movimiento agrario como un movimiento libertario; principalmente en el extranjero es donde se ha asentado más a menudo la falsedad. El agrarismo en México es como el obrerismo en otros países del mundo: leyes y reglamentaciones sobre el reparto de tierras. sobre la administración de éstas; sobre el gobierno de los pueblos; en fin, todo el aparato proteccionista del Estado, hacia los campesinos. Y esa interpretación libertaria del agrarismo ha motivado que el zapatismo fuese considerado como un movimiento anárquico, llegándose al caso de que un camarada comparara a Zapata con Machno. Error craso. El zapatismo fué un partido eminentemente autoritario.

El plan de Ayala, en primer lugar, estatuía la conquista del poder político por los campesinos, para el establecimiento de un república democrática y agrarista. Más todavía. Uno de los teorizantes del zapatismo — el renegado Soto y Gama —, en más de una ocasión clamó por la necesidad de constituir un poder dictatorial "aún sobre los obreros", para el triunfo del agrarismo.

Y estos retoños de dictadura agraria, han vuelto a brotar; brote que en la actualidad está alimentado por un constante riego. Las condiciones del país son sumamente favorables para la dictadura del partido agrarista, ya que tiene grandes núcleos campesinos en los lugares donde el motín delahuertista tuvo eco; núcleos armados que paulatinamente han ido capturando el poder político, como lo decimos arriba, en Puebla, Veracruz y San Luis Potosí.

Apenas fué evacuado el Estado de Puebla por las fuerzas militares de De la Huerta, el partido laborista se apoderó del gobierno provincial y municipal; el estado mayor de C. R. O. M. (Confederación Regional Obrera Mexicana), corrió a repartirse las primeras ganancias de su alianza estatal; y hasta el minúsculo e insignificante partido comunista acudió presuroso a buscar en Puebla el resultado de sus servicios de espionaje prestados a Obregón.

Pero esto acontecía mientras los agraristas luchaban en las filas militares, en el frente occidental; pues apenas vueltos a sus lares, laboristas, vaquetones y comunistas, fueron expulsados bochornosamente de Puebla, quedando los agraristas dueños de la situación. Todos los puestos gubernativos en el Estado, se encuentran ocupados en el presente por campesinos, quienes, al fin, ven realizados los deseos de Zapata!

La actitud de los agraristas de Puebla ha sido secundada, con beneplácito y con bríos, por el partido agrarista, llevando las mismas tácticas a otras provincias del país; influyendo de tal manera en los partidos de "vanguardia", que el candidato presidencial de los laboristas, con motivo del aniversario de la muerte de Zapata, ha tenido que declarar abiertamente, que hace suyo, íntegramente, el programa del zapatismo; dando un "ofetón terrible a los laboristas y abriendo un camino más amplio y más seguro a la dictadura agraria.

Manifiesta es la debilidad de los obreristas; éstos no podrán oponerse a la erección de los campesinos — del partido, naturalmente —, en clase dominante y dictatorial; solamente los grandes núcleos campesinos que marchan en el movimiento anarquista, podrán abrir el camino de la libertad, donde la autoridad trata de revestirse de las formas más despóticas e imperiales.

Intuitivamente, los campesinos libertarios de Puebla han declarado una formidable resistencia pasiva a los intentos dictatoriales del agrarismo; resistencia que en un principio creímos traería una terrible represión en la campiña; pero fué organizada de tal manera, con esa inteligencia y esa visión llena de desconfianza y de optimismo de los trabajadores del campo, que las provocaciones primeramente del partido delahuertista y despés los deseos llenos de amenazas de los agraristas, se han estrellado visiblemente.

Así como el obrerismo en diversos países del mundo ha pasado a ser un triste y manoseado asunto, así en México, es palpable la necesidad de llevar al campo más tesoneramente, no los principios de organización, sino nuestras ideas anarquistas, para destruir el agrarismo, fomentado directa e indirectamente, por desgracia, por nuestros mismos camaradas.

Destruyendo la ficción agrarista, encontraremos un fértil y maravilloso terreno para nuestra revolución libertaria.

J. C. Valadés

México y abril de 1924.

Un tomo en 8.°, rústica ... $ 1.20
Edición especial, papel pluma ... " 2.00
" " " *encuadernado en tela* ... " 3.50

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — PERU 1537 — Buenos Aires.—

IDEAS

Es muy raro que un misterio desaparezca; no se hace generalmente sino cambiarlo de lugar, pero posiblemente puede ser muy útil hacerlo cambiar de lugar.

Maeterlinck

La guerra no tiene nada que ver con el ideal. Los que pretenden batirse — o más bien, hacer batir a los otros — por el ideal, son locos o bribones. Confundir el ideal y la guerra: esta mentira sólo puede manifestarse en el cerebro de un burgués.

Ideales y Realidad en la Literatura Rusa

DOSTOIEVSKI

Pocos autores han sido acogidos, en sus primeros pasos en la literatura, con tanto cariño como Dostoievski. En 1845 llegó a Petersburgo, joven enteramente desconocido, dos años antes había terminado sus estudios en una escuela de ingenieros militares y después de haber pasado dos años en el servicio técnico militar, habíalo abandonado con la intención de dedicarse a la literatura. Contaba solo veinticuatro años cuando escribió su primera novela, *Gente pobre* que un condiscípulo suyo, Grigorovic, dió al poeta Nekrasof para un almanaque literario. Dostoievski, interiormente, dudaba que el editor leyese su cuento. Vivía entonces en un cuarto pobre, miserable, y dormía profundamente cuando hacia las cuatro de la mañana Nekrasof y Grigorovic llamaron a su puerta. Abrazaron a Dostoievski felicitándolo con lágrimas en los ojos. Nekrasof y su amigo habían comenzado la lectura del cuento muy avanzada la noche, no pudiendo interrumpirla antes de llegar al final y quedaron tan profundamente emocionados que solo atinaron a encaminarse rápidamente, en plena noche, en busca del autor para exteriorizarle lo que sentían. Pocos días después, Dostoievski era presentado al crítico de la época, Belinski, y recibía de él idéntica acogida. En el público, el cuento produjo una verdadera sensación. Y lo mismo ocurrió con la sucesión de trabajos de Dostoievski. Tuvo en toda Rusia enorme difusión.

La vida de Dostoievski fué inmensamente desgraciada. En 1849, cuatro años después del primer éxito obtenido con *Gente pobre*, encontróse mezclado en el asunto de los miembros del círculo de Petrascevski, que solían reunirse para leer las obras de Fourrier, comentarlas, y discutir sobre la necesidad de un movimiento socialista en Rusia. En una de estas reuniones Dostoievski leyó cierta carta de Belinski a Gógol, en la cual el gran crítico se expresaba más bien asperamente sobre la iglesia y el Estado en Rusia; asistió también a una reunión en la que se discutió la organización de una imprenta secreta. Fué arrestado, procesado (a puertas cerradas, naturalmente) y junto con otros, condenado a muerte. En 1849 fué conducido a una plaza donde se había instalado el patíbulo, se le leyó la minuciosísima sentencia de muerte, y en los últimos instantes llegó un mensajero del emperador Nicolás I portador del indulto.

Tres días más tarde fué transportado a la Siberia y destinado a trabajos forzados en una prisión de Omsk. Permaneció allí cuatro años hasta que fué libertado por la intervención de amigos influyentes en Petersburgo, pero con la condición de hacerse soldado. Se ha dicho que durante su detención en el presidio fué sometido, por una pequeña falta, al castigo del knut y desde entonces tuvo principio su enfermedad — epilepsia — que no la abandonó durante toda su vida; pero esto es considerado hoy, como una leyenda (1). La amnistía promulgada por Alejandro II en ocasión de su coronación, no mejoró la suerte de Dostoievski. Solo en 1859 — cuatro años después de subir al trono Alejandro II — el gran escritor fué indultado y pudo volver a Rusia. Murió en 1883.

Dostoievski era un escritor fecundo y antes de su arresto había publicado diez cuentos, de los cuales el "Sosio" hacía prever ya sus novelas psico-patológicas, y Netochka Nezvanowa mostraba un talento literario de primer orden que progresaba rápidamente.

Cuando volvió de Siberia comenzó a publicar una serie de novelas que produjeron profunda impresión en el público. Abrió la serie con una gran novela, *Humillados y ofendidos*, a la que siguió rápidamente *La Casa de los Muertos* en las cuales describió sus experiencias en el ergástulo. A éstas siguió una novela: *Crímen y Castigo* que fué muy leída en toda Europa y en América, y representada en la escena inglesa en forma notablemente modificada. *El Idiota*, *Un Adolescente* y *Los Poseídos* tratan en parte del problema político patológico y en parte de problemas sociales; mientras que *Los hermanos Karamazof* es considerado su más profundo trabajo y es muy admirado en ciertos círculos literarios.

Si la obra de Dostoievski hubiese sido juzgada desde el punto de vista puramente estético el veredicto de los críticos sobre su valor literario hubiere sido harto severo. Escribió con tal rapidez que, como lo ha demostrado Dobroliubof, en ciertas partes la forma literaria está casi por debajo de cualquier crítica. Sus héroes hablan en forma negligente, se contradicen continuamente y en todos los que intervienen en sus novelas (y esto vale especialmente para *Humillados y Ofendidos*) se nota que es el mismo autor quien habla. Además de estos graves defectos, es necesario añadir un romanticismo llevado al extremo, y la forma anticuada de entretejer sus novelas y el desorden de su construcción, y la sucesión innatural de los acontecimientos sin mencionar la atmósfera de manicomio de que están impregnadas sus últimas novelas. Y no obstante, a pesar de todo esto, las obras de Dostoievski están penetradas de tan profundo sentido de realidad, y junto a los caracteres más irreales nos encontramos con otros tan conocidos por nosotros y tan reales que los defectos están compensados. Aun, si se piensa que la reproducción de las conversaciones que Dostoievski dió a sus héroes, no es correcta, nótase que los hombres que presenta — por lo menos algunos de ellos — eran tales como los describía.

La Casa de los muertos es la única producción de Dostoievski que puede ser considerada verdaderamente artística, bella es la idea fundamental y la forma está elaborada de acuerdo con esta idea; pero en sus ulteriores producciones el autor se encuentra tan oprimido por sus ideas, todas harto vagas, y cae por esto en tan nerviosa excitación, que no logra encontrar la forma adecuada a ellas. Los temas favoritos de Dostoievski nos los ofrecen hombres que han caído tan bajo, por las circunstancias de su vida, que ni siquiera poseen el concepto de la posibilidad de salir de su posición. Se nota, además, que Dostoievski halla verdadero placer en describir los sufrimientos morales y físicos, de estos "humillados" — que se abandona enteramente a la representación de esta miseria espiritual, de esta absoluta pérdida de fe en la regeneración, de este truncamiento completo de la naturaleza humana que es característico en los casos neuro-patológicos. Junto a estos personajes sufrientes se encuentran, sin embargo, otros tan profundamente humanos que atraen todas vuestras simpatías; pero los héroes favoritos de Dostoievski son hombres y mujeres que no poseen la fuerza de hacerse respetar o no se reconocen el derecho a ser tratados como criaturas humanas. Una vez hicieron cierta tímida tentativa para defender su personalidad, pero sucumbieron y no intentaron otras. Cada siempre más profundamente en su miseria y mueren, de tisis o de excesos, o resultan víctimas de una perturbación mental — una especie de semi-alucinación, durante las cuales, a veces, llegan a las concepciones más elevadas de la filosofía humana — mientras otros, profundamente amargados, son empujados a cometer algún delito del que inmediatamente se arrepienten.

En *Humillados y ofendidos* vemos un joven que se ha enamorado de una muchacha de familia pobre. Esta muchacha se ha prendado a su vez de un príncipe aristócrata — un hombre sin principios, pero atrayente, que por su egoísmo infantil y por su sinceridad es capaz de cometer, inconscientemente, los más grandes delitos contra aquellos con quienes la vida lo ha puesto en contacto. La psicología de ambos, así la de la muchacha como la del joven aristócrata, está muy bien estudiada, pero donde Dostoievski alcanza la perfección es cuando describe cómo el joven, a quien la muchacha ha rechazado, sacrifica toda su existencia para ser el humilde siervo de ella, cómo contra sus pro[illegible] voluntad termina por arrojarla en los [illegible] del joven aristócrata. Todo esto es posible, todo esto existe en la vida, y está relatado por Dostoievs-

ki de modo que produzca en los lectores la más profunda piedad hacia los pobres y los humillados; pero aun en esta novela el placer que el autor experimenta al representar la indecible sumisión y servidumbre de sus héroes, y el placer que ellos mismos sienten en los sufrimientos y en el mal tratamiento que se les inflige, obra de manera repulsiva en una mente sana.

La otra gran novela de Dostoievski, *Crimen y castigo*, produjo una impresión colosal. Su héroe es un joven estudiante, Raskolnikoff, que ama profundamente a su madre y a su hermana — ambas extremadamente pobres como él — y que, obsesionado por el deseo de encontrar dinero necesario para terminar sus estudios y para mantener a sus seres queridos, concibe la idea de matar a una vieja, una usurera que él conoce, la cual posee, según le dicen, algunos millares de rublos. Una serie de circunstancias más o menos fortuitas, confirman en él la idea, y lo empujan por este camino. Así, su hermana, que no ve otra salvación a la pobreza, quiere sacrificarse por su familia, casándose con un hombre anciano, repugnante pero sumamente rico, y Raskolnikoff está firmemente decidido a impedir este matrimonio.

Al mismo tiempo se encuentra con un viejo, un empleado de menor cuantía, que tiene una hija, del primer matrimonio, bastante simpática, Sonia. La familia ha llegado al más bajo grado de abandono — tal como puede encontrarse solamente en una gran ciudad como Petersburgo — y Raskolnikoff es impulsado a interesarse por ella. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, mientras él mismo se hunde cada vez más en la miseria y solo ve a su alrededor desesperación, pobreza y miseria, la idea de matar a la vieja usurera se refuerza siempre más. Comete el delito y, naturalmente, como se puede prever, no saca ningún provecho del dinero: en su excitación no logra ni siquiera encontrarlo; y después de haber vivido algunos días atormentado por el remordimiento y la vergüenza — nuevamente bajo la presión de una serie de circunstancias diversas que hacen aún más oprimente su remordimiento — se presenta a la policía, denunciándose asesino de la vieja y de la hermana de ésta.

Esto, solo es, naturalmente, el marco de la novela; en realidad está llena de más terribles escenas de pobreza por una parte y de degradación moral por otra, mientras un gran número de caracteres secundarios son presentados al lector — tal como el viejo señor en cuya familia ha sido institutriz la hermana de Raskolnikoff, y el juez instructor.

PEDRO KROPOTKIN

(*Concluirá*)

(1) *La leyenda sobre el castigo corporal al cual hubiese sido sometido Dostoievski en los trabajos forzados, es refutada por sus biógrafos* (ver Biografía, cartas y notas de las memorias de I. F. Dostoievski, Petersburgo 1883) *que lo conocían de cerca, el doctor Janovski y el hermano del escritor. Dostoievski sufría de epilepsia, según afirma A. P. Miliukof, que lo conoció de cerca en el año "cuarenta" antes del destierro, pero los ataques eran débiles y raros. La enfermedad se agudizó sin duda en los trabajos forzados. Según las más recientes indagaciones de Martinof ("Hechos y hombres del siglo" — Vol. III) Dostoievski no fué sometido a castigos corporales, en los trabajos forzados, si bien una vez el mayor Krivzof quiso castigarlo con las varas. De esto fué inmediatamente informado el general de Gravé, que reprobó públicamente a Krivzof. Del material recogido por Martinof sobre la permanencia de Dostoievski y de Durof en los trabajos forzados resulta que algunos de los superiores (el general Borislavski y otros trataron de aliviar en cualquier forma la suerte de Potrascevzi en Omnsk, en lo que fuese posible, dado los rigores del tiempo.*

Nota del traductor ruso.

LAS HOGUERAS DEL ODIO

HISTORIA VULGAR

Muerto el marido, se dedicó a mendiga. Como trabajar no podía, pues era vieja, débil y enfermiza, salió a pedir y conoció las torturas de la sed sobre la blancura polvorienta y calcinada de las carreteras y tembló bajo los látigos de la lluvia y supo de la protección piadosa de los robles, de la amenaza de los mastines, de los malos modos de los campesinos, de las tristezas de las noches en vela por miedo a la helada.

Cada día representaba para ella un jirón más en la ropa, tres o cuatro lágrimas lentas en los ojos y un paso hacia la parálisis.

Las articulaciones se la iban volviendo rudosas y la columna vertebral, rígida y los globos oculares, empañados y el corazón, perezoso. Y su ancianidad, en vez de inspirar piedad, causaba indiferencia.

Caminando, caminando, llegó a una ciudad donde abundaban las gentes de rostro rojo y aire de bien comidas. Por un momento tuvo esperanzas. Como si un viento suave avivase en ella el rescoldo de ilusiones pretéritas.

Duró poco. Los hombres de cara colorada y las mujeres de tez blanca sentían menos la caridad que los rústicos. Refunfuñaban mucho éstos; pero rara vez dejaban de dar algo. Aquéllos se limitaban a gruñir. Y que Jehová la librase de entrar en una tienda. Algunos dependientes hasta la empujaban, comprometiendo el equilibrio de su pobre cuerpo.

—¡No sea usted pesada! ¿No le han dicho ya que Dios la ampare?

Sí, sí; se lo habían dicho, y ella oírlo lo oyó bien; pero, Señor, aquellas palabras no las entendía el estómago. ¡Maldito estómago!

Era un dolor constante. Como una barrena que le atravesase de delante atrás. Lo peor consistía en aquella flojera, que parecía convertirla en serrín la carne de las pantorrillas. Tampoco la resultaba grato el zumbar de los oídos, como si en ellos llevase moscardones en celo.

El agua de las fuentes públicas la calmaba un poco el malestar; pero hacíase tan corto el alivio, que no valía la pena.

Empezó a faltarla el sueño y a sentir golpetazos en las sienes y a sufrir vahídos. No se inquietó mucho. No era enfermedad y sí hambre.

Y una mañana enneblinada, que hacía untosas de humedad las piedras, en el recodo de una calle vió tirada una morcilla. No pasaba nadie. Y estaba allí, a un metro.

¡Qué tentación!

Su buen sentido abrió lentamente, muy lentamente la espita del entusiasmo. Tenía tanto de sorprendente que aquel manjar estuviese así abandonado, a merced de cualquiera.

¿La habrían envenenado? ¿Se trataría de alguna broma cruel?

Miró, recelosa, por si los burlones se hallaban escondidos en las cercanías. ¡Nadie!

Y, cautelosa, felina, como cuando robaba fruta en los huertos rurales, saltó sobre la morcilla y la devoró. ¡Hacía justas cuarenta y siete horas que no masticaba!

Tuvo como un remordimiento por no haber saboreado el manjar. Tan ansiosamente lo devoró que casi no podía recordar su sabor. Se recriminó durante unos minutos y luego suspiró profundamente, como si despertase de un sueño de amor.

—Con aquello sólo, pero diariamente, se daría ella por satisfecha!

La alegría duró poco. No sería pasado un cuarto de hora cuando la empezó a invadir inesperada agitación, con sensación de angustia. Los tendones de la nuca se pusieron tirantes, como sogas mojadas; notó dificultad para abrir la boca cual si hubiesen atornillado las mandíbulas; respiraba con dificultad y la cara iba amoratándose. Tuvo miedo y gritó pidiendo socorro. Lo ronco y ahogado de la voz aumentó su terror.

—¡La muerte!

Y al verla así cerca, muy cerca, la asustó, ¡a ella, que tantas veces la había llamado!

Los médicos diagnosticaron con facilidad. La mendiga había muerto por comerse una morcilla de las que, conteniendo estricnina, empleaba la Guardia municipal para exterminar los perros vagabundos.

CESAR JUARROS

El Arbol, el Pájaro y la Venus

¿A qué cantas constantemente inquieta avecilla, no ves que tu reclamo atrae infinidad de pajarillos, que sacuden mis ramas y siembran en el suelo la galanura de mi florido ropaje, cubriéndolo de hojas y pétalos maltrechos?

Bien está que tengas tus segundos de gozo y de alegría, de felicidad, en suma; pero que hagas de tu vida un perpétuo trino; que tu vocecilla de cristal hayamos de sentirla, ya llenando de alborozo la majestuosa belleza de la temprana aurora, ya turbando el misterio del silencioso crepúsculo, con la tarde que agoniza... no hallo explicación para que tan porfiado seas.

Tus gorjeos, es verdad, tienen un don maravilloso; tu garganta quiebra los sonidos que es un primor; mas que a censurarte, a curiosidad me obliga tu perenne canto. ¿Es posible que tengas siempre motivos para tus sonoras expansiones? ¿No comprendes que toda maravilla pasa a cosa vulgar en la insistencia cotidiana?

—¡Ah, sencillo y hermoso arbolito! Si respuesta quieres a tu incitante curiosidad, examinar debes las partes que componen tu belleza. ¿Hay algo innecesario en tu vistoso y armónico conjunto? Sabrás el porqué de tus flores delicadas. El encanto que causan sus aromas. El misterioso impulso de sus polvillos de oro. ¿Sabes que cantas a los ojos los mismo que yo al oído canto y que al igual nuestra canción al alma llega? Para ser madre tus galas sacrificas y marchitas la flor que ha de ser fruto; yo mis plumas arranco y con ellas formo el nido. Ya ves como nuestro destino es parecido; tú, cuajas las canciones en las ramas; yo, de ellas vierto el caudal por mi garganta. A ambos el mismo impulso creador anima. Y en este incesante evolucionar de nuestra vida, vuelta otra vez a las flores o los cantos, vuelta otra vez a hijos o frutos.

Hay, sin embargo, quien estorbar intenta nuestro natural destino, y esto ambos lamentar debemos. Hay un todo inmenso que reclama mis cadencias, libremente por los aires derramadas; hay un viento que a ti la virtud fecundante lleva. ¿Por qué entre rejas he de estar, aunque doradas sean, y tú en este jardín tras del muro preso? Ser libre es ser uno propio, tú, ser árbol; yo, ser ave; ambos naturalmente bellos y hasta sublimes...

—Arte, habéis hablado de Amor y Arte! — afirmó una Venus que a la fuente del jardín servía de ornato — Yo, como vosotros, al igual soy bella, y alguien hay que a mi facultad creadora impulsa, ¡y también que estas virtudes mide y reparte! ¡Cuan bárbaro es quien a encasillar se atreve el Amor y el Arte!

¡Hombre! Tú que has contemplado la grandiosidad de la naturaleza y disfrutas de sus inmensos beneficios; que has visto cómo se registran las entrañas de la tierra y se extraen los minerales valiosos; tú que admiraste germinar el grano en el surco — grano que mañana será pan — ¿no estás de acuerdo con la intención de esta modesta fábula? Al contemplar los campos ondulantes, de rubias espigas; los bosques, poblados de arbustos diversos; los montes, cuyas moles soberbias yerguen sus atrevidas cimas, escudriñando lo absoluto allende las nubes; el sol y el aire, elementos de vida para tí y para la Naturaleza; al sentir la emoción de tantas y tan sublimes maravillas y de sus incalculables beneficios ¿no te has indignado al ver que hombres, seres humanos como tú, profanan esa armonía prodigiosa de la Naturaleza, deslindando con mojones los bosques y los campos, cercando con muros los jardines y hasta privando de las virtudes vivificadoras que el sol y el viento para todos nos envían?

¿Cómo osamos decir que "sol y aire son para todos" si nuestro egoísmo, socialmente cultivado, se esfuerza por acrecentar la propiedad; bosques, campos, frutos, y éstos son la acumulación de las creadoras facultades de aquellos elementos?

¡Hombre! Lo eres todo; ciencia, arte, industria, moral; pero si este hermoso don creador que posees lo subyugas a tu egoísmo, entonces no eres humano, no eres hombre; la bestia podrá avergonzarte, porque obra conforme a su bestial razón y tú no obras de acuerdo a tu razón humana. Donde la razón no convenía a tu egoísmo pusiste la ley, y al acto aplicado de esta suplantación llamas justicia, siendo que la justicia es ejercida por el ser justo y esta cualidad es producto de la razón.

Rota está la armonía del Universo y por consecuencia la armonía social: — guerras, crímenes, injusticias, hambre — y esta inarmonía, causa de todos los males, la sostiene y fomenta la ley; a ella el poder. ¡Guerra al poder!... Deduce entonces; para ser humano, no sólo debes de compadecerte, sino solicitarte, rebelarte, porque sin rebeldía no hay lucha, no hay revolución.

RAIMUNDO ACEDO

BIBLIOGRAFIA

E. J. GUMBEL. — *Vier Jahre Politischer Mord* (Berlín, 1922, Verlag Neuen Gseilschaft, 149 págs. — *Cuatro años de asesinatos políticos*).

Las páginas más trágicas de la literatura de la gran guerra, originales de los escritores más vigorosos, no nos han producido la impresión de la sencilla narración estadística que E. J. Gumbel nos presenta en su libro *Cuatro años de asesinatos políticos*. La obra famosa de Barbusse, por muchas que sean sus bellezas literarias, no puede compararse por sus efectos sobre el ánimo del lector con las páginas de Gumbel, secamente escritas, sin adornos literarios, sin suspicacias y circunloquios retóricos, — simples constataciones cotidianas de las luchas revolucionarias y reaccionarias y de su carácter sanguinario. Gumbel no toma partido ni por la derecha ni por la izquierda; es un espectador pasivo, frío en apariencia; pero el lector sacará más deducciones y más enseñanzas del libro que nos ocupa que de centenares de obras como *El Fuego*, sencillamente porque el libro de Barbusse produce una sensación estética que el transcurso de los años borra, y el de Gumbel conmueve el corazón y el cerebro en una medida inolvidable.

Cuatro años de asesinatos políticos son los años que se sucedieron en Alemania desde enero de 1919 hasta los últimos meses de 1922. Después de los horrores de la guerra, cayeron sobre este país los horrores de la revolución y de la contrarrevolución, — horrores inspirados por el mismo espíritu de violencia y de sangre; la frialdad con que fueron asesinados los combatientes de la revolución por los defensores del "orden" es algo que espanta y que aterra; tanta inhumanidad no se quisiera creer posible. Gumbel, valiéndose de testimonios irrefutables, ha narrado los hechos simplemente, y confiesa que puso más cuidado en el examen de los crímenes de los defensores del orden que en los de los revolucionarios; de estos últimos tal vez haya anotado hechos que sucedieron en simples luchas callejeras, los cuales no son verdaderos crímenes; los hechos que él recoje son los asesinatos perpetrados a sangre fría, con premeditación, con el fusilamiento de los obreros delegados por los revolucionarios que habían ocupado el edificio del *Vorwärts* en enero de 1919, como el asesinato de Liebknecht y de Rosa Lusemburg, como los fusilados en Tegeler Forts, como las matanzas en Lichtemberg (por las tropas a las órdenes de Noske) en marzo de 1919, como los lynchamientos en las prisiones, como la masacre de los 29 marineros de Berlín el 11 de marzo del mismo año, como el asesinato de Jogisches, de Kurt Eisner, como las matanzas bárbaras de la toma de Munich por los reaccionarios, entre ellas la de nuestro Gustav Landauer, y como centenares y centenares de casos de la misma naturaleza.

Gumbel da una lista de 161 defensores o simpatizantes, o simplemente sospechosos de tener simpatía hacia la república bávara de los consejos obreros; da el domicilio de cada uno de ellos, el oficio, la edad, el número de los hijos que quedan huérfanos, la fecha del asesinato, el lugar preciso, y demás ciertas observaciones sobre casi todos los hechos mencionados; en regla general, los caídos, fueron de inmediato despojados de sus ropas, de los objetos de valor, del dinero, etc. Todo obrero que hubiera tenido la desgracia de vestir un traje pasable, era una víctima segura. Los 161 nombres no se refieren a los caídos en la lucha, sino a los asesinados legal o ilegalmente después por las tropas del gobierno; a causa de esos 161 asesinatos solo fueron penados cuatro autores y eso a penas ridículas.

El motín de Kapp dió también ocasión al desencadenamiento de la fiera militarista; la sangre mártir corrió en abundancia al paso de la reacción.

Existe en este libro un cuadro estadístico de 354 asesinatos políticos perpetrados en Alemania por el gobierno o por la reacción extra-gubernamental; se da el nombre de los autores directos y de los responsables; y no obstante contarse entre los caídos a un Erzberger y a un Rathenau junto a un Liebknecht o a un Landauer, los tribunales social demócratas sólo han pronunciado en total 90 años y 2 meses de prisión para los culpables, 730 marcos de multa y una cadena perpétua.

Junto a esa lista de asesinatos cometidos por gentes de la derecha, existe otra de crímenes imputados a los revolucionarios: 22 asesinatos, a causa de los cuales los tribunales social demócratas y militares han dictado 10 fusilamientos, 248 años y 9 meses de prisión y 3 cadenas perpétuas.

Compárese las cifras...

De los 354 asesinatos políticos perpetrados por la reacción gubernamental y de los 22 perpetrados por los revolucionarios quedan 4 sin expiar; a causa de los 354 crímenes de la reacción no se eligió más que a 24 responsables; por cada asesinato de la derecha los tribunales reclaman 4 meses de prisión; por cada asesinato de la izquierda, 15 años. ¡Ahí está la justicia de clase bajo el imperio de la social democracia!

Existe también una ilustrativa demostración de los resultados de la acción gubernativa contra el motín de Kapp y de los resultados de la acción gubernativa contra los partidarios de la república bávara de los consejos obreros.

Los miembros del gobierno de Kapp gozan, excepto uno, que fué condenado a cinco años de prisión, de completa libertad; sin embargo, los crímenes conocidos y de los cuales se habría podido pedir cuentas a los partidarios de Kapp, son 705. Contra los miembros dirigentes de la república bávara de los consejos obreros fueron pronunciadas sentencias que ascienden a 135 años y dos meses de prisión. Contra los oficiales de las tropas de Kapp no se dictó medida represiva alguna; en cambio, contra los revolucionarios que ocuparon puestos en el ejército rojo de Baviera se dictaron 276 años y 6 meses de encierro y 2 fusilamientos.

Lo dicho es bastante para dar una idea del contenido de este libro de Gumbel; un trabajo parecido nos haría falta sobre Italia, sobre Rusia, sobre España... Entonces, hasta los más ciegos constatarían la falsedad de la leyenda sobre la violencia revolucionaria. Jamás hubo ni jamás habrá una revolución que haya derramado ni que derrame tanta sangre como derrama fría, sistemática, brutalmente la reacción. El "desorden" revolucionario no ha producido nunca tantas víctimas, tantas lágrimas como el "orden" estatal, capitalista, burgués, socialdemócrata, comunista, fascista... El libro de Gumbel nos lo demuestra.

D. A. de S.

El trabajo manual en la antigüedad—Taller de herrería

Shakespeare y sus obras

IV

ROMEO Y JULIETA —

Difícilmente se encontrará, en el arte dramático universal, una tragedia en que las pasiones del amor y del odio desenfrenado produzcan un estrago tan grande en sus actores como el que ocurre en esta obra, una de las favoritas de Shakespeare.

No hay, casi, ningún amante del teatro, clásico o moderno, que no conozca la historia de los amores desventurados de Romeo y Julieta. Pero no por ser conocida y popular, esta leyenda dramatizada por Shakespeare, se hace menos interesante, si no que, por el contrario, nos ofrece la ocasión de apreciar, una vez más, las grandes e insuperables condiciones artísticas del insigne dramaturgo y la eterna inmortalidad de su teatro.

Odio y amor son los ejes que giran en el centro de esta creación que nos demuestra, de manera patética, a qué abismos de tragedia nos pueden llevar los instintos biológicos, cuando no se hallan sofrenados por nuestra reflexión. Y comparando el fondo de esta tragedia con la realidad de la vida podemos afirmar, sin miedo de equivocarnos, que casi todos los amantes, por poco vehementes que hayan sido, han representado, pública o privadamente, su pequeño Romeo y Julieta.

Y es que las escenas o la trama que condicionan esta perfecta obra teatral no son tomadas del aire, ni gravitan dentro de un mundo extraño de movimientos y pasiones, si no que son un reflejo vivo de nosotros mismos, de nuestras virtudes y defectos en materia de odio y amor.

El argumento de esta tragedia lo tomó Shakespeare de una historia que hablaba de los tristes amores de dos jóvenes llamados Romeo y Julieta, historia que era muy popular en Inglaterra, Francia e Italia, en tiempos del gran dramaturgo. La pieza consta de cinco actos y se desarrolla en Verona — Italia — excepción de una escena del quinto acto que tiene lugar en Mantua. Estriba su argumento en lo siguiente:

Existen en Verona dos casas nobles, celosas de su propia alcurnia, que se odian mutuamente con ese odio impulsivo y medioeval que tanto hiere el espíritu nuevo de nuestros tiempos.

La población veronesa participa, en parte, de este rencor y se halla escindida en dos bandos siendo unos partidarios de Montesco y otros de Capuleto, que así se llaman los jefes respectivos de las dos casas rivales. Es tal el odio que se profesan unos y otros beligerantes que al encontrarse, por azar, en las calles de Verona se creen obligados a pelear en la forma que indica la siguiente escena.

Estando conversando en la plaza de Verona Sansón y Gregorio, sirvientes de la casa de Capuleto, ven aproximarse hacia ellos a Abraham y Baltasar, defensores de Montesco; y dice uno al otro:

"Gregorio — Desenvaina, que llegan dos de la casa de los Montescos.

Sansón — Ya está fuera mi espada. Peléate tú. Yo te defenderé.

Gregorio — ¿Qué haces? ¿Vuelves las espaldas y huyes?

Sansón — No quiero asustarte.

Gregorio — ¿Asustarme tú?

Sansón — Coloquémonos de parte de la ley. Que ellos comiencen.

Gregorio — Frunciré el entrecejo al pasar, y tómenlo como quieran.

Sansón — Como se atrevan a tomarlo, los miraré y me chuparé el dedo. Oprobio será si lo aguantan.

Entran Abraham y Baltasar

Abraham — Caballero, ¿os chupáis el dedo porque pasamos?

Sansón — Caballero, es verdad que me chupo el dedo.

Abraham — Caballero, ¿os chupáis el dedo porque pasamos?

Sansón — (Aparte a Gregorio) ¿Está la ley de nuestra parte si respondo sí?

Gregorio — (Aparte a Sansón) No tal.

Sansón — Caballero, no me chupo el dedo porque pasáis, pero me chupo el dedo, caballero.

Gregorio — ¿Queréis camorra, caballero?

Abraham — ¡Camorra, caballero! Ni semejante cosa.

Sansón — Si la queréis, aquí me tenéis. Sirvo a tan buen amo como el vuestro.

Abraham — Mejor, no.

Sansón — Corriente, caballero.

Gregorio — (Aparte a Sansón) Dí mejor, que hacia este sitio llega un pariente del amo.

Sansón — Mejor, caballero.

Abraham — Mentís.

Sansón — Desenvainad si sois hombre. — Gregorio, acuérdate de tu golpe maestro. (Pelean)."

Romeo, hijo de Montesco, se enamora locamente de Julieta, hija de Capuleto. Como la rivalidad existente entre las dos casas les impide pensar en una unión consentida por sus padres los dos enamorados, en complicidad del Ama de Julieta y de un fraile franciscano, se casan subrepticiamente.

El día del casamiento de nuestros amantes se produce una nueva refriega entre Montescos y Capuletos, esta vez de consecuencias fatales. Estando Mercucio y Benvolio, amigos de Romeo y por consiguiente Montescos, en la plaza de Verona, ven aproximarse hacia ellos a Teobaldo y otros de la casa de los Capuletos.

Teobaldo anda en busca de Romeo para cruzar con él su acero. Provoca, al pasar, a Mercucio y Benvolio en el instante que aparece Romeo. El resultado de la refriega es éste: Teobaldo mata a Mercucio y Romeo venga a éste matando a

Teobaldo. Por este suceso se condena a Romeo al destierro, quien vese obligado a salir para Mantua, y, por consiguiente, a separarse de Julieta. El fondo trágico de esta obra parte de aquí.

Capuleto, padre de Julieta, que ignora el casamiento privado de ésta con Romeo, pretende hacerla casar con un tal París, deudo del Príncipe de Verona. Desesperada la muchacha corre a ver al franciscano que la ha casado y le impone de su nueva situación, suplicándole que la salve del trance. Fray Lorenzo, que así se llama el clérigo, se dispone a hacerlo, y le da, para el caso, un narcótico con el fin de que lo tome la víspera del casamiento asegurándole que tendrá la virtud de fingirla muerta por espacio de cuarenta y ocho horas. Durante este tiempo el fraile avisará a Romeo para que vaya a refugiarse a su celda prometiéndole a Julieta que, a la hora que terminen los efectos del narcótico, irá a buscarla al cementerio.

Ante las seguridades del fraile, Julieta se decide a poner en práctica el proyecto y el día destinado a la boda, todo es llanto y consternación en casa de los Capuleto. Julieta, a quien todo el mundo cree muerta, es enterrada en el mausoleo de sus padres y a la noche siguiente, el joven París, que la amaba entrañablemente, va al cementerio para ofrendar a la infortunada su postrer recuerdo de amor.

Romeo que desde Mantua tuvo conocimiento de la muerte de Julieta, e ignorando la falsedad de la misma, puesto que una carta que le envía Fray Lorenzo no llega a su poder, se decide a salir para Verona con la idea de morir junto a su inolvidable amor.

Cuando París se halla ante el mausoleo en que yace Julieta siente que alguien se aproxima y, no sin cierto estupor, ve que el importuno es el proscripto Romeo. Entrambos se produce un lance muriendo París de mano de su rival.

Romeo se prosterna entonces ante el cuerpo de Julieta y creyéndola muerta se envenena en el preciso instante que se acerca Fray Lorenzo con su azada al hombro para proceder a la exhumación de ella.

La escena que se desarrolla allí es de lo más emocionante. Julieta despierta y al ver junto a sí el cadáver todavía caliente de Romeo se hiere de muerte con la daga que ciñe al cinto su bienamado.

La alarma por lo acaecido cunde en seguida entre los Montescos y Capuletos. Acude también el Príncipe y Fray Lorenzo narra, ante la estupefacción de todos, la parte de farsa que hubo en la muerte primera de Julieta. Declara también que él había casado a ambos amantes en secreto y que se creyó obligado a facilitar el narcótico a Julieta para librarla del trance en que la colocara su padre al pretender casarla, forzosamente, con París.

Los Capuletos y los Montescos comprenden ahora el error y la infecundidad de sus odios estériles. Comprenden entonces que son ellos quienes han muerto a sus hijos que vieron, en el odio estúpido de sus padres, el obstáculo más grande para entregarse al goce de su amor. Y lo que no pudo hacer la reflexión lo hace el dolor. Capuletos y Montescos, ante la muerte de sus hijos Romeo y Julieta se dan las manos y se juran firme y leal amistad.

Así termina esta gran tragedia hija del genio shakesperiano. Es difícil hallar en el teatro, clásico o moderno, un alegato tan formidable contra las manifestaciones del odio por el odio, sin propósito ni razón.

De la incapacidad entre Montescos y Capuletos, para la convivencia y la amistad mutuas, dimana toda la tragedia. Es indudable que el genio shakesperiano quiso apostrofar, en esta obra, las luchas insensatas que existen entre los miembros de la comunidad por motivos pueriles pero, de consecuencias trágicas.

En esta como en casi todas las producciones de Shakespeare el rasgo psicológico más predominante es el carácter. Todos los personajes son recios y vehementes con pocos grados de cavilación. La lección moral y filosófica de esta obra se desprende del conjunto, del desenlace trágico, más que del juego de la razón, puesta en boca de sus personajes.

El amor de Julieta por Romeo y viceversa es un amor puro, llevado al paroxismo, a la más alta sublimidad. Si en el mundo ha habido seres que se han amado y querido nadie lo ha hecho con más desinterés y lealtad que estos dos símbolos perfectos del amor sincero. Tanto se aman y su destino se halla tan íntimamente ligado entre sí que ni la muerte pudo separarlos.

Magnífica creación esta de Shakespeare que parece ir más allá de lo verosímil y, sin embargo, tan real. ¿Qué fuerza creadora es esa de Shakespeare que le permite unir en un solo concepto, plasmar en una obra inmortal, la realidad con la quimera, la vida y el símbolo?

Inclinate hoy, alma, ante este enigma del genio.

CIVIS

PAGINAS DE HISTORIA

Las herejías

Las religiones juegan en la historia moral de la humanidad un papel singular.

Al llegar a cierto grado de desarrollo intelectual, la humanidad siente la necesidad de rectificarlas como hechas, no solamente inútiles, sino necios; primeramente elimina la religión de la política, lucha contra la teocracia; luego elimina la idea religiosa del círculo de sus pensamientos, y para moverse libremente, aparta todas las hipótesis no fundadas en la observación, y, entre ellas, la hipótesis de un Dios cualquiera. La observación de los hechos naturales conduce a la idea de regla, de ley, de ciencia: ahora bien: toda religión descansa sobre la existencia de uno o varios dioses cuya voluntad arbitraria y todopoderosa conduce al mundo fuera de toda regla, de toda ley, de toda ciencia; si existe una voluntad arbitraria no hay ley, por lo tanto no hay ciencia; si hay leyes, es decir, si hay una ciencia, no existe Dios. Entre la idea de ciencia y la idea de Dios hay incompatibilidad absoluta.

Hoy día, en cualquier cosa que se haga, lo que prevalece, es la idea de ciencia; la idea de Dios está, pues, condenada a desaparecer, y junto con ella, las religiones.

Alcanzado este punto, y desembarazado de esta quimera mitológica, el hombre puede volverse y echar una ojeada hacia el pasado y apreciar imparcialmente el papel de las religiones, preguntándose, para qué han podido servirle tantas máquinas que ya no sabe emplear, y cuyos modelos subsisten en los museos y conservatorios en testimonio de su ignorancia pasada, de sus progresos actuales... Entonces, ¡cosa curiosa! consideradas con el espíritu de excesiva tolerancia filosófica, las religiones aparecen, en un momento dado, como progresos, como manifestaciones incompletas y defectuosas, pero útiles sin embargo, al espíritu de investigación; como satisfacciones dadas a la necesidad de saber, de comprender, de explicar el origen de las cosas; por lo tanto, como productos dignos del respecto de la razón humana. La razón, decimos; pero la razón ayudada, o, si se quiere, embarazada, como en los niños, por la imaginación y el espíritu poético; sin embargo, la razón.

Finalmente, desde el punto de vista filosófico, las religiones son como esas hipótesis que las ciencias admiten durante algún tiempo, para explicar o para tratar de explicar fenómenos cuya verdadera ley escapa aun a la investigación de los sabios: la teoría de dos electricidades, por ejemplo. Con la diferencia, no obstante que las hipótesis científicas no se dan como reglas absolutas, que ellas no tratan de imponerse, que confiesan ser hipótesis y por consecuencia no engañan a nadie; se las utiliza si no pueden encontrarse otras mejores; se las aparta si se cree haberlas encontrado. Las religiones, por el contrario, una vez establecidas, no sufren más la discusión; quieren que se las tome como cosas serias, innegables, fuera de las cuales nada es posible, y castigan despiadadamente al que intente volver a llevarlas a su papel, útil pero modesto, de hipótesis provisorias. En una palabra, ahí reside su carácter esencial, las religiones carecen de buena fe.

Siendo admitidas, y la equidad filosófica quiere que se las admita, siendo admitidas las religiones como instrumentos de investigación científica, imperfectos y falseados, pero útiles sin embargo en un tiempo dado, con qué alegría no se saluda la aparición en la historia, de las herejías, es decir, de las doctrinas divergentes, que nacidas de las religiones tratan de rectificarlas, demostrar su falsedad para reemplazarlas por otras menos incompletas o más verosímiles.

Toda herejía es, sin duda alguna, un progreso, porque es una manifestación valiente, del espíritu humano, en busca de la verdad.

Toda herejía, por lo menos en su origen, implica la buena fe, porque se presenta con la pretensión de corregir lo que es defectuoso en la religión primitiva y que reclamando este derecho de enmienda parece establecerlo para el porvenir y dejar la puerta abierta a todos los perfeccionamientos, que indagaciones más profundas, estudios mejor encaminados, podrían sugerir. Toda herejía es un progreso porque ella es forzosa y fatalmente, pretenda lo que pretendiere, un paso hacia la libertad de conciencia, primero, hacia el libre pensamiento, después. Toda herejía es buena, por lo mismo que es herejía; provoca interés, porque ha sido perseguida.

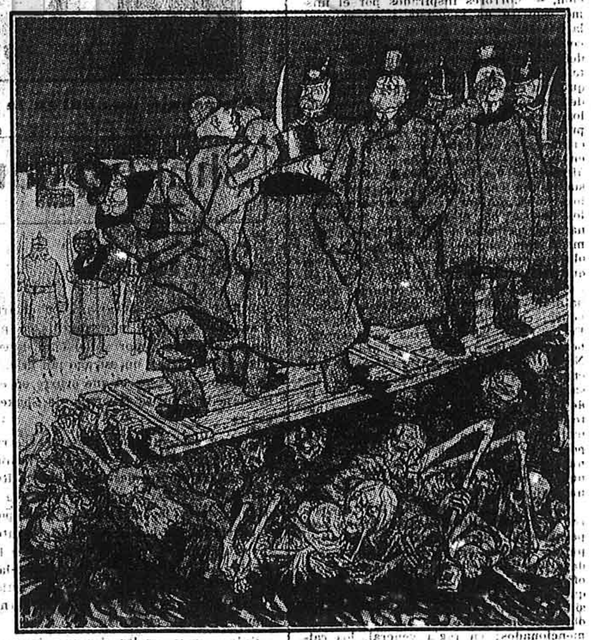
* * *

El cristianismo, herejía del judaísmo, no tardó en ver que en su seno manifestábanse numerosas herejías, esfuerzos de espíritus más exigentes, más rectos, a quienes no satisfacían los fulminantes decretos de Moisés, aun enmendados por el dulce Jesús. Entre las herejías de los primeros siglos, una de las más importantes y de las más activamente perseguidas, fué el maniqueísmo, a los cuales se está de acuerdo en ligarlos con los Albigenses del siglo trece.

El maniqueísmo se distinguía por la opinión particular que profesaba sobre el origen del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, que hacía derivar de dos principios, o, más exactamente, de dos divinidades diferentes. Es por lo menos lo que afirman los escritos de los padres de la iglesia; pues "se ha creído necesario, dice Bayle, exterminar todos los libros de los maniqueos, de donde resulta este pequeño inconveniente: que no podemos estar tan seguros de sus doctrinas como podríamos estarlo..." y por los doctores cristianos que nos hacen conocer esta doctrina famosa, que ellos pretenden haber refutado, al mismo tiempo que hacían, para mayor seguridad, quemar a sus sectarios con sus libros.

Lo que habrá preocupado a Manes y sus adeptos era la gran cuestión del origen del bien y del mal, era la necesidad de contestar a esta objeción que Voltaire llamaba "la roca inmoble de los ateos" y que puede formularse así: "Si Dios existe, es todopoderoso, y todobondadoso. ¿Por qué deja, pues, subsistir el mal? Si él quiere destruirlo y no puede, es impotente; si puede y no quiere, es malo. Le falta, pues, o la omnipotencia o la bondad, es decir, que no existe". Objeción "inmoble" en efecto, que no ha sido ni será jamás solucionada.

No es por falta de esfuerzos, sin embargo, pues en todas las épocas, en todos tiempos maniqueísta dejaba, pues, la situación la existencia del mal con la de Dios, po-



Sobre el terreno de los hechos consumados: Es necesario aumentar el militarismo, encima, los andrajosos no están bastante blandos todavía.

deroso y bueno, ha ejercitado la imaginación de los teólogos y de los hombres piadosos. *Las cosmogonías* del antiguo Oriente habían admitido, para escapar a la verdadera cuestión, bajo nombres diversos, la coexistencia de dos principios rivales, enemigos inconciliables, en lucha perpétua, el principio del bien y del mal; es esta la idea que habían adoptado los maniqueos, y que atrajo sobre ellos los rayos eclesiásticos y los furores del brazo secular. ¿Por qué?

Parece a primera vista que la doctrina herética no tiene la menor importancia; en medio de la creencia de los maniqueos, renovada por la de los antiguos Persas, de los Hindúes, de los Egipcios, la cuestión, lejos de ser resuelta, apenas esta esbozada. Existen, decís vosotros, dos dioses, uno bueno, otro malo. Pero ¿por qué el bueno no destruye al malo? Si quiere y no puede, carece de poder; si puede y no quiere, le falta bondad. De una u otra manera, no es tal como se le enseña, omnipotente y de bondad suprema; o más bien, no existe. — Dos dioses no se conciben mejor que uno. — La doctrina maniqueísta dejaba, pues, la situación intacta.

Por otra parte, el mismo cristianismo no está lejos de admitir la existencia del diablo luchando contra Dios; y más de un papa, fulminando con sus anatemas las empresas revolucionarias, no se ha fastidiado para hablar de "inspiraciones del espíritu maligno" para anunciar que nuevamente "el demonio sería derribado por el arcángel", etc., etc.

En suma, la diferencia que podía existir desde este punto de vista entre el cristianismo y el maniqueísmo, casi no merecería la persecución.

* * *

Había otra diferencia, y ésta más grave, aunque poco aparente.

La religión mosaica (de Moisés) y después de ella, el catolicismo, rechazando por lo menos aparentemente la hipótesis de dos principios, explican el origen del mal por la desobediencia. La desobediencia es el mal moral; el mal físico es la consecuencia y el castigo. Es a causa del pecado original que sufrimos.

¿Qué es el pecado original?

Es la desobediencia a una orden de Dios; la desobediencia en sí misma; la desobediencia no a una orden sensata y justa, sino a una orden cualquiera. La supuesta acción cometida por el primer hombre es perfectamente indiferente; consiste como todos saben, en haber cogido una fruta de un árbol; esto no tiene nada de criminal en sí. Lo que es criminal, es el desprecio a la orden de Dios, es la desobediencia pura y simple, prescindiendo de toda circunstancia de moralidad o de inmoralidad en el acto mismo.

La Biblia y el relato de la caída del hombre quieren decir esto: "El mal es la desobediencia; el bien es la sumisión. No hay ni bien ni mal, mientras no hay orden recibida; no hay ni razón ni justicia, ni moral, ni ley fuera del mandamiento. La razón es la orden superior. La justicia es la orden superior. La moral es la orden superior. La ley es la orden superior. Obedece, y harás el bien; desobedece, cometerás el mal, y serás castigado".

He ahí la verdadera doctrina cristiana, la doctrina servil por excelencia! La autoridad, el respeto a la autoridad, cualquiera cosa que diga y cualquier cosa que haga, he aquí el bien según la enseñanza católica.

Los maniqueos no admiten la fórmula bíblica; sobre todo rechazan enérgicamente el sentido profundamente depravador. Para ellos, el bien, la justicia, la verdad, existen por sí mismas, y lejos de ser dominadas por el respeto a la autoridad, es el bien, la justicia, la verdad que dan a la autoridad toda su legitimidad. El mandato puede ser contrario al bien; el bien será entonces, desobedecer y resistir. La autoridad no es nada por sí misma; solo vale por la justicia y la verdad de las órdenes que da. Antes de obedecer, el deber es examinar, juzgar. ¿Y quién será juez, quién examinará? La conciencia individual.

Obedece como un cadáver, dicen los católicos.

Obedece cuando la conciencia te ordena obedecer, exclaman los maniqueos.

* * *

¿Hay necesidad de insistir más para hacer apreciar la importancia política y social del dogma de la herejía maniqueísta? El bien y el mal existen fuera de toda ley, contra toda ley; dos principios entre los cuales el hombre debe elegir; la elección tranquiliza al hombre, es decir, al hombre llamado a examinar, a apreciar; la conciencia, haciendo función de legislador, y sublevándose firme y tranquila, contra el mandato que le parece injusto; ¿no hay aquí toda una revolución?

Una doctrina semejante, que hace juzgar al amo por el individuo, y que dá a éste el derecho de desobedecer al amo, ¿no merece la execración de los déspotas?

Y Justiniano, no tenía razón de lanzar contra los que la sostenían esta breve, pero enérgica sentencia:

"Manicheo in loco romano deprehenso, caput amputari. (¡Cuando sea aprehendido un maniqueo en suelo romano, córtesele la cabeza!". Y bien se comprende el encarnizamiento de su noble esposa, la gloriosa Theodora, haciendo caer más de cien mil cabezas para librar al mundo de esta secta odiosa!

Ives GUYOT y Segismundo LACROIX

(*Historia de los Proletarios*)

RODIN Y LOS PREMIOS

—Ya no hay escultores, ni pintores, desde que se les dan premios. Es lo que mata al arte y a los artistas. Para obtener esos premios, quieren hacer novedades, originalidades, y se hace cubismo, esa broma, esa mentira que subleva el corazón. Todo el arte está en el cuerpo humano. Bernini se ha servido de un hombre para hacer la puerta de un palacio... Las flores hicieron el ornamento, los árboles han dado las columnas. Toda la arquitectura proviene de la tierra, del hombre. ¡Pero ahora se hace cubismo!

(*Marcel Eirel — "Rodin intime"*)

¿Con qué derecho el Estado, que es el rey de los ladrones y de los asesinos, condena a unos y otros? Es con el fin de reservarse el monopolio del crimen y del pillaje. Los concurrentes le molestan y los suprime.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

IX

(*Continuación*)

"Esta escena — continúa Dejacque — tenía lugar en el momento en que Coeurderoy y Octave Vauthier publicaban *"La Barrière du Combat"*, folleto anarquista.

"Era la primera vez, después de diciembre, que la Discordia-Verdad levantaba ese sudario de silencio sistemático que querían imponerle los Utopistas (alusión a la "Unión Socialista", un comité Louis Blanc, Cabet, Pierre Leroux cuya acta de fundación data del 10 de mayo de 1852) interesados en la sofocación de sus manifestaciones. Era la primera vez que se erguía, en plena luz, de pié, sobre las páginas de un folleto o sobre un sarcófago; y que, haciendo repercutir el clarín de los juicios anarquistas, separaba los buenos de los malos y desgarraba a los pies del eterno porvenir los velos hipócritas."...

La protesta anarquista en la proscripción — sería demasiado hablar de un movimiento, — puede fecharse en esa hora, junio de 1852.

Joseph Dejacque había comenzado como moderado — el grupo el *Atelier*, sus distracciones poéticas lo testimonian. Lo mismo había sucedido con Ernest Coeurderoy, hacido de burgueses acomodados, estudiante de medicina en París a partir de 1842, más tarde interno en los hospitales. Acogió la revolución de febrero con entusiasmo; los horrores de junio, que vió de cerca sobre el cuerpo de las víctimas que atendía en el hospital, le hicieron socialista revolucionario, pero le imprimieron también la convicción profunda de que el proletariado había sufrido una tal derrota de que no podía reponerse y obtener la victoria por su propia fuerza — y se dedicó a la busca de la palanca poderosa que le faltó. Intensifica sin embargo su participación en el movimiento de resistencia contra el bonapartismo ya triunfante, es el centro del grupo de estudiantes que preparan con la Montaña la tentativa del 13 de junio de 1849, — protesta suprema contra el aplastamiento de la república romana (Mazzini, Garibaldi y sus camaradas) por el ejército francés, acción que, como la invasión de España por el ejército de la fé "de los Borbones", en 1823, promovió las protestas republicanas (Armand Carrel, en el Bidassoa, Lavirón, muerto en la defensa de Roma). El 13 de junio de 1849, inspirado por el espíritu de la fraternidad de los pueblos, no fué comprendido por la gran masa del pueblo de París, aún bajo la impresión terrible de junio de 1848. Fué la última ocasión para desembarazarse del bonapartismo victorioso y un éxito habría dado nueva vida a las revoluciones europeas ya agonizantes y una nueva dirección a la historia de Europa; muchos asuntos que esparcían entonces la gangrena habrían podido ser resueltos con un impulso generoso. Coeurderoy fué, pues, el centro de un valiente movimiento, pero sufrió una derrota total. Refugiado en Suiza hasta su expulsión, luego en Bélgica, se encuentra en Londres desde el mes de abril de 1851. Cooperando todo lo posible con sus amigos desterrados del 13 de junio escribe como buen republicano socialista, y prepara en 1852 un libro que demostrará "que la revolución es inmanente y permanente en la humanidad", el libro titulado *De la revolution dans l'homme et dans la société* (Bruselas, 1852, 240 páginas, aparecido en septiembre) del cual una continuación no publicada debía llamarse *De l'Harmonie dans l'homme et dans la société.*

Coeurderoy ha debido elaborar hacia esa época el capítulo *La Revolución democrática y social* de ese libro y el folleto de actualidad, escrito en colaboración con Octave Vauthier, fourierista, sobre el cual no tenemos muchos informes, *La Barrière du Combat*... (Bruselas, 1852, 28 págs), que se ocupan de la gran discusión entre Mazzini y los socialistas franceses en los primeros meses de 1852. Coeurderoy se dice entonces francamente anarquista y se ve que comprende esa idea en toda su amplitud.

Los socialistas de su época se preocupaban poco de él, se había emancipado de los jefes, fué pues un enemigo para los autoritarios. Su concepción particular de los caminos que conducen a la realización del socialismo anarquista, contribuyó a su aislamiento, y, por sus apariencias paradojales proporcionó un pretexto cómodo para evitar que se discutieran sus ideas. Razonó así: "Es preciso que toda revolución culmine por el bien o por el mal. Podría llegar por el bien, no lo habéis querido; dejadla, pues, que se abra su camino por el mal" ("Barrière du Combat"). Concluye en "la revolución que se abra su vía por medio del despotismo"; es decir, "no habrá revolución en tanto que los cosacos no desciendan". Escribió en 1854: "Revolucionarios anarquistas, digámoslo altamente; no tenemos esperanza más que en el diluvio humano; no tenemos porvenir más que en el caos; no tenemos recursos más que en una guerra general que, mezclando todas las razas, y rompiendo todas las relaciones establecidas, retirará de las manos de las clases dominantes los instrumentos de opresión con los cuales violan las libertades adquiridas al precio de la sangre. Instauremos la revolución en los hechos, transfusionémosla en las instituciones; que sea inoculada por la cuchilla en el organismo de las sociedades, a fin de que no se pueda ya arrebatársela!... El desorden es la salvación, es el orden. ¿Qué temáis de la sublevación de todos los pueblos, del desencadenamiento de todos los instintos, del choque de todas las doctrinas? ¿Qué debemos tener de los rugidos de la guerra y de los cañones, alterados de sangre?... Os digo, yo, que no hay vida para vosotros más que en la universal ruina. Y puesto que no sois bastante numerosos en la Europa Occidental... encontraréis en el norte un pueblo enteramente desheredado, enteramente homogéneo, enteramente fuerte, enteramente despiadado, un pueblo de soldados. Encontraréis a los rusos... Sólo los cosacos tienen bastantes fuerzas vivas e intereses en mayoría para hacer la revolución... Toma en tus brazos, pueblo, al hombre que sufre como tú, francés o extranjero, dale la inteligencia de la revolución social. En cambio él te dará la fuerza, sin la cual no la harás. Los proletarios cosacos son numerosos como las arenas del Océano; tienen la antorcha en la mano."

Expone esta idea en sus *Trois lettres au journal L'Homme* (en Jersey)... Londres, 28 págs. (1854) y en el libro *Hurrah!!! ou la Revolution par les Cosaques* (Londres, octubre 1854, 2, 437 págs.) y en una carta a Alejandro Herzen (27 de mayo del mismo año). Talandier, el único socialista que discute las ideas de Coeurderoy con cortesía, responde en junio: "no creo que el espíritu galo haya dicho su última palabra. Es esa palabra la que espero de los obreros y de los campesinos de Francia. Son ¡ay! en su mayoría tan primitivos como los cosacos", y Joseph Dejacque en su *Libertaire* del 18 de agosto de 1859 recuerda que los tiempos han cambiado desde la invasión de los bárbaros en la época del Bajo Imperio (analogía que había engañado a Coeurderoy)... "No es solamente en los bordes del Neva o del Danubio donde surgirán en lo sucesivo las hordas de los bárbaros llamados al saqueo de la civilización, sino de los bordes del Sena y del Ródano, del Támesis y del Tajo, del Tiber y del Rhin. Es del surco abierto, es del fondo del taller, es acarreando en sus olas de hombres y de mujeres, la horca y la antorcha, el martillo y el fusil... es con el hambre en el vientre y la fiebre en el corazón, pero bajo la dirección de la idea, ese Atila de la invasión moderna, es bajo el nombre genérico del proletariado y rodando sus masas avidas hacia los centros luminosos de la utópica ciudad; es de París, de Londres, de Viena, de Berlín, de Madrid, de Lisboa, de Roma, de Nápoles, de donde... desbordará el torrente devastador. Es al ruido de esa tempestad social, es en la corriente de esa inundación regeneradora como se derrumbará la civilización en decadencia".

Coeurderoy nos ha dado aún todo sus dos partes de esos *Jours d'Exil* (Londres, 1854, 300 págs. y diciembre 1855, 577 págs), reimpreso en París, 1910-11, P. V. Stock, 3 vol. de la Bibliotequ Sociologique; he tomado la iniciativa de esta edición y se encuentran en ellos una larga noticia biográfica mía). Esos volúmenes, basados sobre sus impresiones personales en Francia, Inglaterra, España, Italia y Saboya, están tan llenos de crítica social libertaria y de previsiones de la anarquía del porvenir que es inútil dar aquí la prueba mediante extractos. Esos libros están impregnados del espíritu anarquista y rebelde como pocos libros de los que se conoce, y las ideas están aplicadas a mil cosas de la vida real y de nuestra vida intelectual, moral, estética, etc., cosa que falta a tanta literatura libertaria que queda en la superficie y en las generalizaciones. Es una pérdida triste para nosotros, que Coeurderoy no haya podido darnos aún otros libros proyectados, la tercera parte de los *Jours d'Exil*, de l'*Harmonie dans l'homme et dans la société*, *Les Bruconnieres*, *ou la Revolution*

par l'individu y después el segundo cuadro de la demolición social, el de la *Reconstruction socialiste*. Pero las circunstancias tristes han hecho imposible esas publicaciones, han provocado su muerte trágica en octubre de 1862 en una aldea de los alrededores de Ginebra y han hecho destruir, a lo que se sabe, lo que ha podido dejar de manuscritos, hasta sus cartas. Había rehusado entrar en Francia a consecuencia de la amnistía de 1859.

Su memoria, conservada aquí y allá por viejos socialistas o compatriotas del Yonne (como Larousse) se había perdido entre los anarquistas a causa de la extrema rareza de sus escritos que, sin embargo, según pienso, han sido ya encontrados todos.

Dejacque, cuyo fin no fué menos trágico, abandona Londres en 1852 por la isla de Jersey, otro foco de proscriptos. De esa época ha sido conservado un discurso *De la perfectibilité humaine* (febrero de 1853) y el discurso pronunciado el 26 de julio de 1853 sobre la tumba de la proscripta Louise Julien en el *Almanach des Femmes pour* 1854, publicado en Londres por Jeanne Deroin, una de las mujeres socialistas más valientes de 1848); otro discurso de ese entierro fué pronunciado por Víctor Hugo. Pero, más importante, escribe en 1852-53 un conjunto de sus ideas, trabajo leído en 1854 a la *Sociédad de la República Universal La Montaña* en N. York, que desaprobó unánimemente los medios violentos que había propuesto; responde con una carta del 2 de julio de 1854, que se encuentra en el folleto impreso en Nueva York (Frank F. Barclay; sin fecha; 64 págs. en 32°): *La Question révolutionnaire* por Joseph Dejacque. Bástenos extraer estas líneas:

"Abolición del gobierno bajo todas sus formas, monárquico o republicano, supremacía de uno solo o de las mayorías; en su lugar la anarquía, la soberanía individual, la libertad entera, ilimitada, absoluta de hacerlo todo, todo lo que está en la naturaleza del ser humano. Abolición de la religión...: en su lugar el hombre — a la vez criatura y creador; — no tiene más que la naturaleza por Dios, la ciencia por santo, y la humanidad por altar. Abolición de la propiedad personal, propiedad del suelo, de la construcción, del taller, del almacén, propiedad de todo lo que es instrumento de trabajo, producción o consumo; en su lugar, propiedad colectiva, una e indivisible, la posesión en común. Abolición de la familia... En su lugar la gran familia humana, la familia una e indivisible como la propiedad. La emancipación de la mujer, la emancipación del niño"...

Los medios violentos son lo que hay de más violento en acción destructiva individual y de grupo para forzar a los explotadores a humillarse; esas ideas no fueron tal vez nunca proclamadas tan abiertamente y con tantos detalles hasta entonces y un artículo del *Libertaire* del 20 de noviembre de 1858, una nota en *L'Humanisphere* que no se encuentra más que en la reimpresión hecha en 1899, confirma y explica esas ideas ("Provoquemos pues una crisis terrible, una recrudescencia del mal, a fin de que mañana, al salir de esta crisis, la humanidad, tomando posesión de sus sentidos y entrando en una era de convalescencia, pueda alimentar el corazón y el cerebro con el jugo de las ideas fraternales y sociales...."). No es Dejacque el que establece primero esa idea. Han sido atribuídas al grupo llamado de los *Comunistas materialistas* (proceso de julio de 1847), uno de cuyos miembros principales, Coffineau, había sido del comité del *Humanitaire* (Libertaire del 1841) pero también uno de los fundadores de la *Fraternité de* 1845 (comunista autoritaria); ignoro si ese grupo, que fué comunista, tuvo la menor tendencia libertaria. El comunista alemán Weitling, que puso también esas ideas en teoría algunos años antes de 1847, era autoritario. Sobre una llamada sociedad secreta del mediodía de Francia que habría proclamado la "guerra de los pobres contra los ricos" por todos los medios, en 1841, no hay informaciones seguras.

En 1856 (octubre), 1857 y 1859 (febrero) se encuentra Dejacque en Nueva Orleans, ciudad de la cual da una descripción terrible (*Libertaire* del 16 de julio de 1858). Publicó en entregas y en volumen una colección más vasta de sus poesías y de algunos escritos en prosa: *Les Lazaréennes*... 1857, VI, 199 págs) y los folletos *De l'Etre-humaine male et femelle. Lettre à P.-J. Proudhon* (1857 en mayo, 11 págs., gr. 8°) y *Béranger au Pilori*, que no he podido encontrar, aparecido antes de 1858, fecha del prospecto del *Humanisphere* que no halló subscriptores. Sin embargo consiguió publicarlo, estableciéndose en Nueva York, centro más grande de refugiados, y publicando allí *Le Libertaire, journal du mouvement social*, del 9 de junio de 1858 al 4 de febrero de 1861, 27 números a cuatro páginas de impresión menuda y a veces minúscula, periódico escrito y hecho circular, por decirlo así, enteramente por él, sin perder su trabajo manual cotidiano. El *Humanisphere, Utopie anarchique* (el año 2858) apareció del 9 de junio de 1858 al 18 de agosto de 1859; reimpresa en Bruselas (Biblioteca de los *Temps Nouveaux*, 1899), en 1899 (IV, 191 págs. en 12°). El artículo magnífico *L'Autorité—La Dictature* (Lib., 7 de abril de 1859) ha sido reimpreso con el título ficticio *A bas les chefs!* en las publicaciones de los *Temps Nouveaux*, número 61, 1912, 15 págs.

Se indigna de la actitud bien conocida de Proudhon hacia la mujer y le dice en el folleto de 1857:.... "Escritor azotador de mujeres, siervo del hombre adulto, Proudhon-Haynan que tiene por knut la palabra como el verdugo croata, parece que disfruta de todas las lubricidades de la codicia desnudando a bellas víctimas sobre el papel del suplicio y flajelándolas con invectivas. Anarquista *justo-medio*, liberal y no libertario, quiere el libre cambio para el algodón y la candela, y preconiza sistemas protectores del hombre contra la mujer en la circulación de las pasiones humanas; grita contra los altos barones del capital, y quiere reedificar la alta baronía del macho sobre el vasallo hembra....

...Sea, pues, francamente, enteramente anarquista, y no un cuarto, un octavo, un décimosexto de anarquista, como se en cuarto, octavo, décimo sexto de agente de cambio. Llegue hasta la abolición del contrato, la abolición no sólo de la gleba y del capital, sino de la propiedad y de la autoridad bajo todas sus formas. Llegue a la comunidad anárquica, es decir al estado social en que cada uno será libre de producir y de consumir sin control ni sufrirlo de nadie y sobre nadie; donde el balance entre la producción y el consumo se establecería naturalmente, no por la detención preventiva y arbitraria en manos de los unos o de los otros, sino por la libre circulación de las fuerzas y de las necesidades de cada uno. Las olas humanas no necesitan sus diques; deje pasar las libres mareas: ¿no vuelven ellas mismas cada día a su nivel?

—...Escuche, maestro Proudhon, no hable de la mujer, o antes de hablar de ella estúdiela; vaya a la escuela. No se llame anarquista o sea anarquista hasta el fin... Sea más fuerte que sus debilidades, más generoso que sus rencores, proclame la libertad, la igualdad, la fraternidad, la indivisibilidad del ser humano. Diga ésto: implica la salvación pública. Declare la humanidad en peligro; llame en masa al hombre y a la mujer a rechazar fuera de las fronteras sociales los prejuicios invasores: suscite un *dos y tres de septiembre* contra esa otra nobleza masculina, esa aristocracia del sexo que quisiera remacharnos al antiguo régimen. Diga ésto: ¡es preciso! dígalo con pasión, con genio, fúndalo en bronce, hágalo sonar....; y habrá merecido bien de los otros y de usted."

En la *Correspondance* de Proudhon, éste escribió con fecha 27 de octubre de 1858: "he recibido de Nueva York un periódico, el *Liberateur* (sic; este error me parece demostrar que la palabra libertario no era familiar a Proudhon, ¿o es una corrección del editor? —puedo engañarme), donde me llama "anarquista del justo medio". Estas palabras se refieren al artículo *El Cambio* en el número del 21 de septiembre, que reproduce el pasaje: "Sed, pues, francamente, enteramente anarquista"... y que dice: "El cambio directo, esa reforma inaugurada en las ideas populares por Proudhon, es todavía justo-medio"....

Dejacque mismo conserva lo que algunos llamarían una debilidad; escribe, por ejemplo, en el periódico del 29 de julio de 1859: "Por libertario o anarquista que se sea, no por eso se puede vivir menos en su siglo, tener en cuenta a las poblaciones contemporáneas. Se puede entrever la grande y libre ciudad humana, la ciudad del porvenir, pero no se puede llegar a ella más que pasando sobre el cuerpo de varias generaciones. Existen masas demasiado ignorantes que obstaculizan aún la ruta que lleva allá"... "Es preciso reconocerlo, el radicalismo anárquico no es posible de la noche a la mañana para una generación como la nuestra, multitud enfermiza"... Divisa, pues, "como medio transitorio", "un medio aun vasto y casi primitivo como el proletariado de nuestros días, pero por eso mismo al alcance de todos", como "un puente volante, una plancha de salvamento para pasar del naufragio presente a la tierra firme del porvenir"... la *legislación directa universal* por el pueblo; la llama por su carácter educativo "el alfabeto de la libertad, puesto en manos de las multitudes esclavas, la escuela mutua de las sociedades aun en la infancia." Habla ya de eso en el folleto escrito en 1852-53 y con algunos detalles en el periódico en 1859. En ese período no existe rasgo alguno de sindicalismo, puesto que para los obreros de lengua francesa, — y Dejacque no sabía el inglés (lo ha dicho él mismo) — no existía entonces más que la asociación (productiva, etc.); el sindicato no existía. De lo contrario, habría podido encontrar el medio de educación que buscaba; pensaba que es preciso más inteligencia para formarse una opinión sobre la cuestión implicada por una ley que para escoger entre dos señores que se presentan como candidatos.

Le Libertaire cesó la publicación el 4 de febrero de 1861; en una carta inédita a P. Vesinier, de Ginebra, el único documento íntimo de su mano que se conoce, Dejacque escribe el 20: "He cesado definitivamente la publicación del *Libertaire*, pues nadie quiere subscribirse a él. Y como estoy sin trabajo.... no sería imposible que fuese en la primavera a visitarle. Al menos es mi intención acercarme a Francia si puedo encontrar una ocasión de ir a bordo de algún vapor sin pagar, porque en procurarme el dinero del pasaje no hay que pensar. Iría primeramente a Bélgica, y si fuera posible llegaría hasta Suiza. Estoy cansado de vivir aquí como un eremita en medio de la muchedumbre; me parece que encontraría más afinidad de pensamiento en las comarcas en que se habla francés. Siento la nostalgia, no del país en que he nacido, sino del país que no he entrevisto más que en sueños, la tierra prometida, la tierra de la libertad más allá del mar rojo.... Vd. lo vé, como Vd. quisiera huir del sol a que me arrastra el destino del momento, correr a la busca de la dicha en otro continente... ¡Pobres primeros socialistas que somos! hombres *declassés* en la civilización cristiana, ambulamos como almas en pena, en espera siempre de hallar un rincón en que estaremos menos fuera de nuestra esfera natural, y ese rincón no lo podemos encontrar porque no es de este mundo, es decir no es de este siglo".

¡Cuántas páginas de Coeurderoy se podrían citar que describen en términos igualmente patéticos y conmovedores el aislamiento de los primeros anarquistas para quienes, al lado de los Estados, los socialistas mismos hicieron un destierro en el destierro.

Aquí acaba la acción de Dejacque. Uno de sus camaradas cuenta que al acercarse la guerra civil en Nueva York se despidió a los obreros para inducirles a enrolarse como soldados. Dejacque no quiso y se fué a Londres y de allí a París donde habitaba un hermano que, por lo demás, no compartía sus ideas; esto fué hacia el otoño de 1864; "el hambre le había vuelto loco primeramente". Una tradición le hace caer bajo ea dominio de alucinaciones religiosas y morir en el manicomio o lanzarse por la ventana, y eso en 1867. En todo caso, aunque en Londres, en el verano de 1861 estaba en estado normal de salud y de espíritu, ha debido sucederle alguna cosa en París que le impidió tomar parte en el movimiento obrero naciente y que le ha hecho morir en algunos años, — el hambre, la salud, ¿quién lo sabrá jamás? En materia religiosa escribió en *Le Libertaire* del 5 de abril de 1860 (artículo *Dios no existe*): "Si Dios no existiera, ha dicho un maestro Tartufo, sería preciso inventarlo".

"Y yo, socialista, filósofo de la idea nueva, digo: Si dios existiese habría que suprimirlo" (Creo que Bakunin expresó el mismo pensamiento).

He aquí un resumen rápido de la obra de Coeurderoy y de Dejacque, cuyos escritos están ahí para probar que su concepción social fué la del *comunismo anarquista* integral.

MAX NETTLAU

Si los soldados pensaran, hace tiempo que hubieran desaparecido los ejércitos.

FEDERICO EL GRANDE